

EL LIBRO DEL ESCOLAR

SERIE DE LIBROS DE LECTURA

PROGRESA

PRIMER LIBRO

TEXTO ADOPTADO POR LOS CONSEJOS DE EDUCACIÓN DE
BUENOS AIRES, ENTRE RÍOS, SANTA FE, CÓRDOBA,
TUCUMÁN, SALTA, etc.



POR EL PROFESOR

PABLO A. PIZZURNO

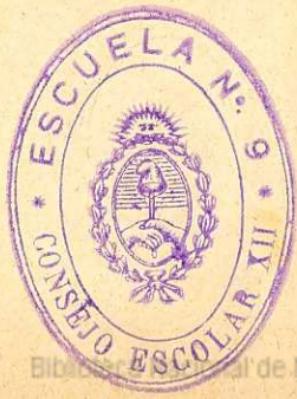
NUEVA EDICIÓN CORREGIDA

CABAUT Y CÍA “LIBRERÍA DEL COLEGIO”
EDITORES BUENOS AIRES

LL
1925
PIZZ



00089495



Biblioteca Nacional de Maestros

PROGRESA

LIBRO PRIMERO DE LECTURA CORRIENTE

DEL AUTOR :

SERIE DE LIBROS DE LECTURA

PININOS. — Moderno método de lectura rudimentaria.

PROGRESA. — Libro primero de lectura corriente.

PROSIGUE. — Libro segundo de lectura corriente.

EN PREPARACIÓN :

PERSEVERA. — Libro tercero de lectura corriente.

PERFECCIÓNATE. — Libro cuarto de lectura corriente.

Cada libro un tomo encuadrado en cartoné,
profusamente ilustrado.

EL LIBRO DEL ESCOLAR

SERIE DE LIBROS DE LECTURA

PROGRESA

LIBRO PRIMERO DE LECTURA CORRIENTE

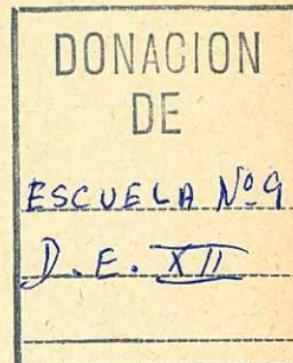
POR EL

Prof. PABLO A. PIZZURNO

Ex Director de la Escuela Normal de Profesores de Buenos Aires.

Ex Inspector General de Enseñanza Secundaria y Normal
de la República. Ex Inspector Técnico General
del Consejo Nacional de Educación, etc.

NUEVA EDICIÓN CORREGIDA



BUENOS AIRES

CABAUT y Cia., Editores

“Librería del Colegio” — Alsina y Bolívar

1925

El autor está convencido de que si los padres de familia se enteran de los propósitos a que responde este libro, han de poner empeño en secundarlos. Por eso, a todos aquellos cuyos hijos usen esta obra como texto, les ruega quieran molestarse leyéndola, íntegra, ellos también.



DERECHOS RESERVADOS.

(Leyes N°s 7092 y 9510.)

A LOS MAESTROS Y A LOS PADRES DE FAMILIA

“El maestro que enseña a leer sin hacer comprender y sentir, ara, pero no siembra.”

El objeto último de la enseñanza de la lectura es que, el niño primero y el hombre después, utilicen lo escrito, leyéndolo como medio de educarse, instruirse, recrearse.

Para obtenerlo, no basta que se aprenda a vencer las dificultades materiales de la lectura, es decir, a descifrar y pronunciar fácilmente las palabras. Importa, sobre todo, despertar el amor a la lectura, formar el hábito de leer. Pero eso no se obtiene si no se conquista la atención del niño, si no se gana su voluntad por medio del interés que en él se despierte.

El libro usado ha de tener eso en cuenta en primer término, y a ello debe, en cierto modo, subordinarse todo lo demás. Por lo tanto, los asuntos elegidos y el lenguaje empleado, no sólo han de estar al alcance del niño sin exigirle mayor esfuerzo mental, sino que deben serle agradables; y esto, por razones obvias, mucho más en los grados inferiores de la escuela que en los adelantados.

Algunos autores preténden que el libro de lectura responda también, desde el primer grado, a otros propósitos; por ejemplo, a la adquisición de ciertas nociones, que llamaré gramaticales, y al enriquecimiento del vocabulario infantil, con palabras que, en verdad, no hay para qué apresurarse a incorporar al bagaje del niño.

He huído calculadamente de esto, que fuera de ser prematuro, conspira, a menudo, por lo menos contra la amenidad de la lectura. Por lo mismo, tampoco se componen los capítulos de este libro de frases aisladas sin vinculación ninguna entre sí, caprichosamente agrupadas y decisivamente aburridoras.

He procurado, sí, y esto será sistemáticamente atendido en toda la serie de *El libro del escolar*, que en los asuntos domine la nota moral, respondiendo así al fin principal de la educación; y dentro de esa nota, he preferido la influencia positiva del ejemplo del bien a la negativa del ejemplo del mal.

Creo que los niños que con el primer año de escuela han terminado el aprendizaje de la parte mecánica de la lectura (los que están en el *primer grado adelantado*, según habitualmente se denomina entre nosotros), pueden seguir en este primer libro la lectura corriente.

Deben leer con naturalidad, con expresión. Pueden hacerlo y desde el primer grado *inferior*; lo afirmo categóricamente, porque he obtenido siempre ese resultado como maestro y porque lo he visto obtener por sinnúmero de colegas. Es cuestión de empeñarse en ello y de elegir bien el texto de lectura.

Me permito recordar :

Que antes de leer en voz alta cada capítulo en presencia de la clase, es conveniente preparar la lectura en casa o en la escuela, o en ambas a la vez; en ésta, por lo menos, deben los niños recorrer previamente en silencio el capítulo. Si hay palabras cuyo significado presume el maestro que sus discípulos no conocen, debe explicarlas antes; si hay otras de difícil pronunciación, debe hacerlas pronunciar también antes. El objeto es evitar, durante la lectura, las interrupciones que distraen la atención de lo principal, es decir, del asunto del capítulo y de su natural y animada expresión por el lector.

He puesto en bastardilla todo lo que es hablado por los personajes de los cuentos, para facilitar así, al niño, el cambio de entonación.

Los grabados de este librito son, en su mayoría, reproducción de cuadros de verdadero valor artístico, de modo que a le vez que sirven de ilustración al texto, pueden influir en la formación del buen gusto del niño.

El maestro podrá aprovecharlos para hacer ejercicios de observación y de lenguaje, sea invitando al alumno a describirlos, sea pidiéndole que exprese las ideas y sentimientos que las figuras y escenas le sugieran. Todos los grabados que acompañan al texto pueden servir a tal objeto; pero he puesto, además, aislados, buen número de ellos, con ese especial propósito.

PABLO A. PIZZURNO.

Enero de 1901.

ÍNDICE

	<i>Pág.</i>		<i>Pág.</i>
A los maestros y a los padres de familia.....	5	20. Huerfanitos.....	29
Índice.....	7	21. Al campo.....	30
PRIMERA PARTE		22. El dibujante.....	31
1. Un buen lector.....	9	23. La equilibrista.....	32
2. Preso	11	24. El baño.....	33
3. ¿Qué será?.....	12	25. Peinando a la abuelita..	34
4. Bajando frutas.....	13	26. Aprendiendo a subir (TEMA DE COMPOSICIÓN Y DE DESCRIPCIÓN ORAL).....	35
5. Amor maternal.....	14	27. Esperando al papá.....	36
6. Los terneritos (TEMA DE CONVERSACIÓN Y DE DESCRIPCIÓN ORAL)	15	28. La sorpresa.....	37
7. Carlitos	16	29. La inundación.....	38
8. Leones.....	16	30. Dos buenos amigos.....	39
9. El carpinterito.....	18	31. El gallo.....	40
10. En la calle.....	19	32. Cazando mariposas.....	41
11. Tejiendo	19	33. Micifuz y Zapirón.....	42
12. Un rapto.....	21	34. Susto	44
13. Tentación	22	35. La gallina ciega.....	45
14. Paciendo.....	23	36. Las golondrinas.....	47
15. Los gatitos mimados (TEMA DE CONVERSACIÓN Y DE DESCRIPCIÓN ORAL) ..	24	37. ¡Arriba!	48
16. Leopoldito	25	38. El pescadero.....	50
17. Bailando	26	39. Tomasito y su perro....	52
18. El elefante.....	27	40. Espigadoras	54
19. Encerrados	28	41. El carrito de Elvira....	55
		42. Un grupo.....	56
		43. Las dos madres (TEMA DE CONVERSACIÓN Y DE DESCRIPCIÓN ORAL)	58

¡Qué bien dice las preguntas y las exclamaciones!

No tartamudea.

¿Sabéis por qué lee así?

Porque lee cosas interesantes y que puede entender.

II.

Federico lee mucho en voz alta.

Pero, antes de hacerlo, recorre el capítulo en silencio.

Así sabe lo que va a leer, y puede leerlo bien.

Eugenia y Angelita le escuchan siempre con gusto.

El papá y la mamá les hacen repetir, después, los cuentecitos.

Y ellas los repiten hablando como si hubiesen visto lo que refieren.

Los libros de Federico están llenos de figuras.

2. — Preso.

**Cayó un grillo en la jaulita.
¡Con qué placer lo están ob-
servando!**



Él, Jenaro, es el más intere-
sado. Mete un palito por entre
los alambres.

Empuja al pobre insecto de
un lado a otro.

— *No le bagas daño, Jenarito.
Sería una crueldad.*

*Y tú, María, no permitas que tu
hermano lo martirice.*

3. — ¿Qué será?

Han dejado un cigarro encendido en el borde de la mesa.

Llegan los dos gatitos. Ven la columna de humo.

La contemplan sorprendidos.

Se acercan,
poco a poco,
con *recelo*.

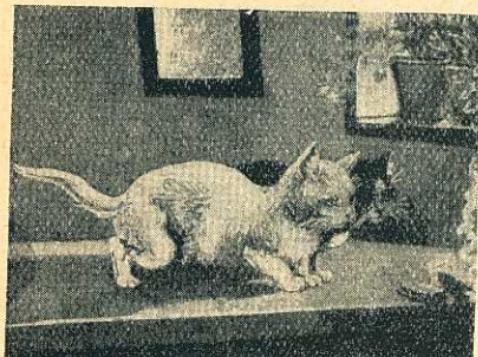
Deben decir para sus adentros :

— *¿Qué será esto?*

¡ Quién sabe si se animarán a estirar la patita para tocar el cigarro !

Si lo tocan del lado del fuego,
¡ qué chasco se van a llevar !

¡ Qué pronto encogerán la patita !



4. — Bajando frutas.

— *Yo no alcanzo* — dice Gerardito.
— *Yo tampoco; pero eso no importa. Observa*
cómo se hace
— *contesta*
Mina.

Y sacude
el tronco del
árbol.

Gerardito hace
otro tanto y las fru-
tas caen.

Se desprenden
fácilmente porque
están maduritas.

— *¡Cuidado! no*
comáis con exceso,
aunque estén maduras.

Podrían haceros daño.



5. — Amor maternal.

El nene duerme tranquilamente.
La madre vela su sueño.



Teme despertarlo, pero no puede estar sin hacerle alguna caricia.

Lo cubre con cuidado.

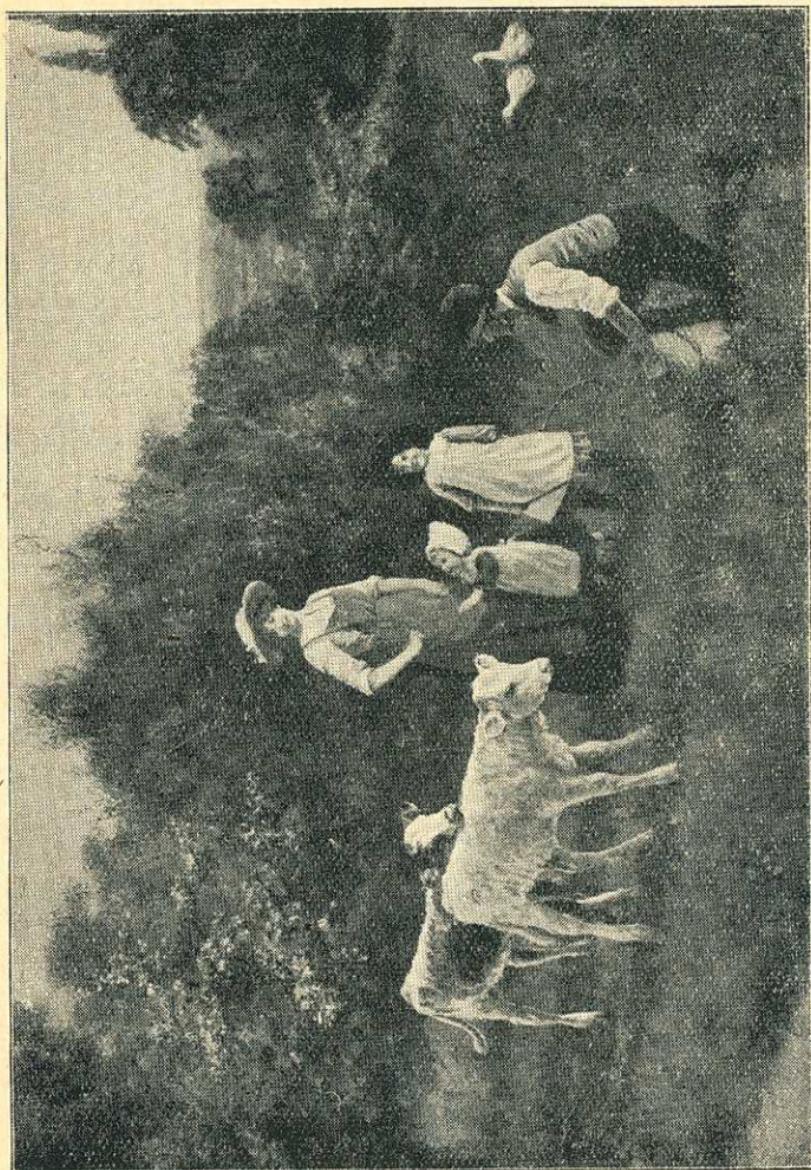
De vez en cuando se inclina y le da un beso en la

frente.

Si llegara a enfermarse, no se apartaría un momento de su cuna.

Sólo llegaría a tranquilizarse al verlo restablecido.

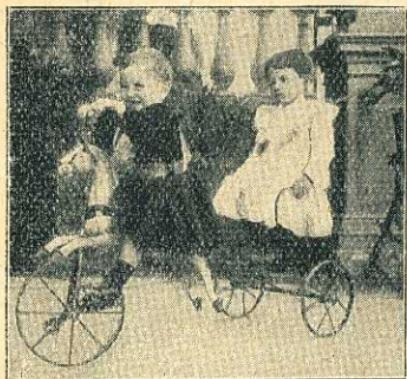
6. — Los terneritos.



Tema de conversación y de descripción oral.

7. — Carlitos.

¡Cómo se ríe Carlitos!
¿Sabéis por qué?
Es porque acaba de aprender a
manejar solo el velocípedo.



Ahora, al ver que, empujando con sus pies los pedales, giran las ruedas, da gritos de alegría y de triunfo.

En cambio, Sarita se ha puesto seria porque también quiere manejar.

— *No te enojes, Sarita. Despues guiarás tú.*

— *Y tú, Carlos, no seas egoísta, ¿eh?*

8. — Leones.

He aquí dos animales *feroces*: un león y una leona.

¡Qué melena tiene el león!

¡Y qué cara fiera los dos!

Ambos tienen la boca abierta en este momento. Están rugiendo. Son animales salvajes, muy fuertes y muy ágiles.

Yo no quería encontrarme con ellos sueltos.

He visto leones enjaulados en el Jardín Zoológico de Buenos Aires.

También vi, en el circo, un león domesticado.

Al león se le llama *Rey de los animales*.



9. — El carpinterito.

Gustavo tiene 9 años.
Se ha roto su carrito de madera.



En vez de ir a otros para que se lo compongan, lo compone él mismo.

¡Con cuánta destreza maneja el cuchillo para trabajar!

Su padre no es carpintero, pero aprendió

a manejar muchas herramientas.

Quiere que su hijo haga lo mismo, y lo conseguirá.

¡Qué útil es educar la mano con el trabajo!

El que sabe trabajar puede vivir feliz.

10. — En la calle.

He aquí algunas de las cosas que Alberto *no hace* nunca en la calle :

No escupe en la acera.

No maltrata los árboles.

No arroja papeles, ni corteza de frutas, ni cosa alguna.

No raya las paredes, ni escribe nada en ellas.

No grita, no corre, ni tropieza con las personas.

Alberto respeta la calle, que es la casa de todos.

11. — Tejiendo.

¿Qué hace Dorila ?

Dorila trabaja; hace medias.

Su mamá le ha enseñado a tejer.

¡Qué bien maneja ya las agujas!



Pero en este momento se le ha escapado un punto. Trata de tomarlo de nuevo antes que se deshaga del todo.

No quiere perder tiempo

haciendo dos veces la misma cosa sin necesidad.

Pero, si no hay más remedio, lo hará sin enojarse.

Es una niña paciente y *perseverante*.

12. — Un rapto.

¿Qué haces?

¿Robas el cachorrito?

¿No temes
que la ma-
dre te atro-
pelle?

¡Fljate co-
mo te mira!
Observa
también el
gesto de
enojo que
pone ese
cachorrito
que está ar-
riba de to-
dos.



¡Ah!... ¡Tú te ríes porque ya te
conoce la madre y sabe que no
harás daño a su hijito!

¿Vas a darle una sopita?
Pues trae para todos, y que la
fiesta sea general.

13. — Tentación.

Jorge, un pobrecito, pasa por
delante de un puesto de frutas.

El vendedor no está ahí.

— ¡Qué duraznos exquisitos!
piensa el chico, ansioso de sabo-
rearlos.

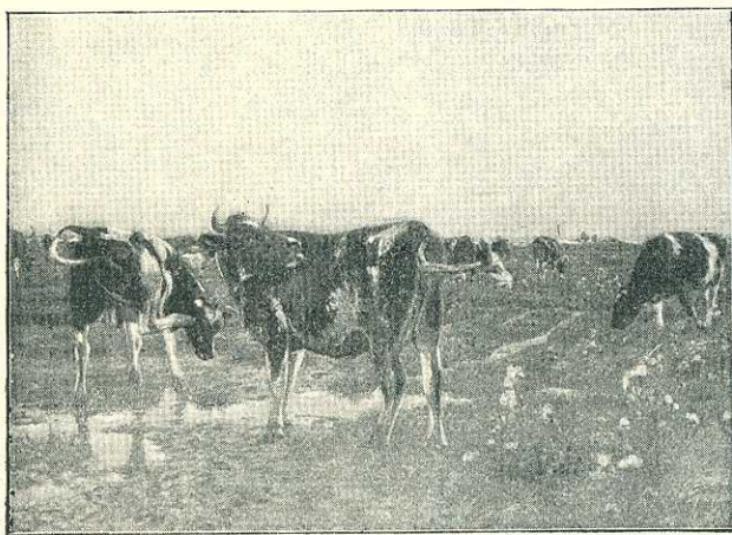
Puede tomar uno, rápidamente:
nadie lo verá.

Extiende el brazo; pero en se-
guida lo retira.

Siente que sus mejillas enroje-
cen y se aleja presuroso.

¿Por qué?

14. — Paciendo.



Estas vacas andan sueltas por el campo.

Arrancan las yerbas que más les gustan.

De tiempo en tiempo se acercan al arroyo para beber.

No hay mucho pasto en ese campo. Pero no sufrirán el hambre estas vacas.

De noche encontrarán en el corral pasto seco y tal vez un poco de maíz. Son *vacas lecheras*.

15. — Los gatitos mimados.



Tema de conversación y de descripción oral.

16. — Leopoldito.

Leopoldo es hijo del almace-
nista.

¡Qué cara tan simpática tiene!

Sí, es un excelente niño.

Ayuda a su papá.
Lleva a los parro-
quianos que viven
cerca, los artícu-
los que compran.

Lleva arroz, sé-
mola, fideos, azúcar,
café, te, chocolate,
yerba, vino, soda,
cerveza, aceite, vi-
nagre, sal, especies, etc.

El reparto lo hace por la tarde.
Va directamente a las casas. No se
detiene para jugar con los pilletes
que haraganean en las calles.

Por la mañana va a la escuela.

Está en primer grado y es un
discípulo atento y obediente.



17. — Bailando.



Éstos son
niños del
Jardín de
Infantes.

Están en
recreo.
Forman
parejas y
bailan.

La maes-
tra les ha
enseñado

hoy un paso nuevo.

Daniel no lo ha aprendido bien
y Arminda se lo está repitiendo.

Los demás miran.

Si Arminda consigue que Da-
niel aprenda, la aplaudirán.

¡Viva la maestrita!

Y Daniel le dará las gracias.

18. — El elefante.

¡Qué animal tan grande es el elefante! Es el mayor de los *cuadrúpedos*. Tiene mucha fuerza.



Con la trompa es capaz de quebrar o de arrancar un árbol como el que tiene asido en este momento.

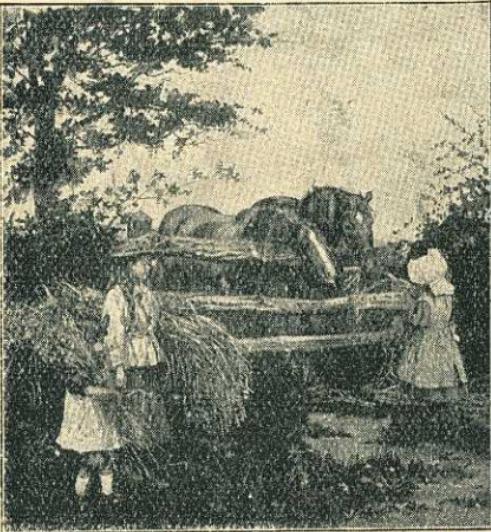
El elefante tiene dos largos *colmillos de marfil*.

El marfil se emplea en la fabricación de muchos objetos útiles.

19. — Encerrados.

Estos dos caballos están dentro del corral.

Se arriman a la *tranquera* cerrada, y sacan la cabeza por encima. Quizá están deseando que se les abra para andar libres por el campo.



Estas chicas, al verlos, dijeron:
— *Vamos a darles un poco de pasto.*

Son hijas, probablemente, del dueño de los caballos.

20. — Huerfanitos.

— ¡Béee!... ¡béee!... balan los cor-
deritos.

Tienen hambre.

¿Dónde estarán las madres? Han
muerto y
ellos han
quedado
huerfan-
tos.

Por eso
los crían
con ma-
madera como a los chicos cuando
hay que destetarlos.

¡Con qué cariño los contempla
y los cuida Martita!

A cada rato dice a su hermana
mayor :

— Raquel : ¿no es hora todavía de
dar leche a los corderitos?



23. — La equilibrista.

— ¡Qué bien! ¡Bravo! ¡Bravo!
Así dicen Adelaida y Clementina, aplaudiendo los equilibrios de Josefa.



Ésta recorre un caño *cilíndrico*, sin caerse.

Como las otras no están acostumbradas a estos ejercicios, les parece que son muy difíciles.

La más entusiasmada es Clementina.

Ved cómo junta las manos en señal de *admiración*.

24. — El baño



La mamá llena la esponja de agua. En seguida la *exprime* sobre el cuerpo de Isolina. La chica se cubre la cabeza con el brazo y la mano.

— ¡*El agua está fría mamita!* — exclama.

Pero no llora y se baña siempre.

¡Qué buena costumbre es ésa!

¡Y qué bien se sienten las personas que se bañan todos los días, aun en invierno!

25. — Peinando a la abuelita.

- ¿Quieres que te peine, abuelita?
- No, querida, déjame tranquila.
- Pero es que no estás bien así.



Deja que te peine.

La abuelita se calla y entonces Isabelina sube detrás del sillón y la peina a su manera.

— Vamos, acaba pronto y déjame trabajar.

La nieta no hace caso, pero se inclina sobre la abuelita y le da un beso.

— ¿Ves cómo te quiero? — le dice.
— Ya voy a acabar de peinarte.
Me falta el rodete.

La abuelita todo lo tolera con gusto.

26. — Aprendiendo a subir.



Tema de conversación y de descripción oral.

27. — Esperando al papá.

Están a la sombra de los árboles.



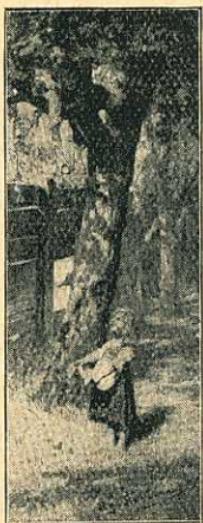
Ella, la madre, cose, pero interrumpe de tiempo en tiempo su *labor* para mirar a Eduardo y a Anatilde.

Son sus hijos y los quiere mucho. Anatilde, que es

ya grandecita, entretiene a su hermano y lo cuida con cariño.

Más tarde vendrá el padre, que está trabajando afuera, y todos se alegrarán.

28. — La sorpresa.



Francisco se ha trepado al árbol. Arranca frutas sin permiso.

Carolina pone el delantal. En éste caen las manzanas que arroja el chiquillo desde arriba.

De pronto aparece Don Bernardo, que es el dueño del huerto.

Carolina desaparece por un agujero del cerco.

Francisco no tuvo tiempo de bajar y trata de evitar que el viejo lo alcance.

Si éste lo agarra, lo castigará.

► ¡Bien hecho! ¿Por qué no pidió permiso, Francisco, para tomar la fruta que no le pertenecía?



29. — La inundación.

Me gusta este cuadrito, aunque es *imaginado* y no real.

Ha llovido muchísimo y el río ha *desbordado* inundando los campos.



El agua ha entrado a las casas. Estos pollitos no quieren morir ahogados.

Se han metido en un gran zapatito de madera.

El zapato *flota*.

Uno de los animalitos hace de capitán.

Todas las órdenes las da del mismo modo.

Sólo sabe decir : *¡Pío, pío?*

30. — Dos buenos amigos.

He aquí dos buenos amigos.
Los dos son animales *domésticos*.

El asno asoma la cabeza por sobre el cerco.

Mira a los cachorritos que están muy ocupados en mamar.

Tal vez piense, al verlos así :

—*Con cuánto apetito chupan!*

Puede ser también que los esté contando : *Uno, dos, tres, etc.*

¿Sabrán contar los asnos?

No, ni contar, ni cantar. Pero saben *rebuznar*.



31. — El gallo.

¡Quiquiriquíii! ¡Cocorocóo!

— ¿En qué quedamos? ¿Canta usted en *i* o en *ó*?

¿Y qué hace usted ahí con una pata levantada?

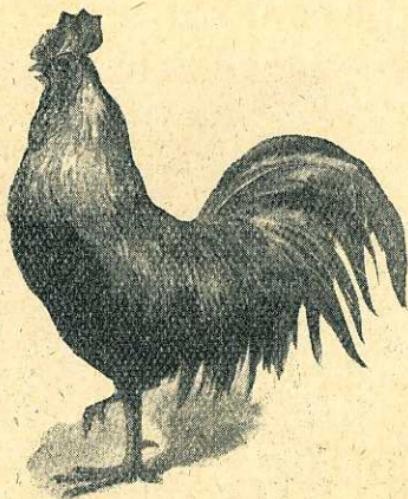
¿Está usted coqueteando porque tiene una hermosa cola?

Supongo que no es usted un gallo peleador.

No, usted no tiene aspecto de gallo de riña. Lo felicito por eso.

¡Qué espectáculo brutal el de las riñas de gallos!

No es propio de gente civilizada.



32. — Cazando mariposas.

—*¡No te muevas, no te muevas, Carmen!... Esta vez no se me escapa... — decía Edgardo.*

Pero Carmen no lo oyó siquiera.



Ella también venía corriendo detrás de otra mariposa.

A un mismo tiempo dieron el golpe.

¡Qué desencanto! Las dos mariposas siguieron volando.

— Vamos, queridos, no sea n
cruelos.

Si consiguen apresarlas, no las
retengan.

Contémplenlas un momentito, y
después suéltenlas.

Déjenlas volar de flor en flor,
chupando su dulce jugo.

33. — Micifuz y Zapirón.

I.



Celmira
pone su
gatito en la
carretilla.

— Vamos,
Micifuz, va-
mos a dar un
paseito.

Y hace an-
dar la carre-
tilla. Micifuz
se deja llevar
un momento.

Pero pronto se cansa y salta al suelo.

— ¡Ah, *Micifuz!* — dice Celmira; — ¿qué modo de bajar es ése? Pudiste caer y hacerte daño.

— ¡Miau! ¡Miau! — maúlla el gatito, como si contestara: — ¡Hacerme daño por eso, yo?

Y se aleja como resentido.

II.

¿Adónde irá *Micifuz*?

Ya lo sé. Ha visto a su compañero *Zapirón*, que está muy entretenido con Miguel.

Va a jugar él también.

Miguel se asoma detrás del cerco de tablas.



Deja caer una pelota atada al extremo de un hilo. Los gatitos saltan para agarrarla.

Él da entonces un tirón para impedirlo.

¿ La atraparán ?

Es difícil, porque la pelota es *esférica*, y un poco grande para sus patas. Se les escapará fácilmente, aun cuando la alcancen.



34. — **Susto.**

— *No te asustes, Rosita. Es un conejo.*

El pobre animalito tiene sed. Se han olvidado de ponerle agua en su

tachito; por eso ha salido en busca de ella. Encuentra un poco en esta cacerola y la aprovecha.

— ¡Bájate, bájate, Rosita! El conejo es tan inofensivo como tu muñeca. No te hará nada.

Tómalo, si puedes, por las orejas.

— ¡Qué largas las tiene, eh!

Tócalo; verás qué suave es su pelo.

35. — La gallina ciega.

Estos chicos están jugando a la gallina ciega.

Uno se venda los ojos y tiene que correr a los demás que giran a su alrededor gritando:

— ¡Ya, ya! ¡Aquí, aquí! ¡Gallina ciega!

Si alcanza a tocar a uno de ellos, debe en seguida adivinar quién es el tocado.

Éste se pone entonces la venda
y el juego continúa.

Pero me parece que el que hace en este momento de gallina ciega, no procede lealmente.



Se ha levantado el pañuelo.

— *Eso no está bien, amiguito.*

En el juego, como en todos los actos de la vida, se debe ser honrado y cumplir las reglas establecidas.

36. — Las golondrinas.

Ha vuelto la primavera y con ella las golondrinas.

Estas dos de la figura tienen su nido en el *desván*, desde el año pasado.

Vuelven a él porque en esta casa nadie las molesta.

Al verlas llegar, todo el mundo se regocija.

El nene las señala contento al abuelito, y dice en su media lengua :

— ¡*Pipí, ito, pipí!*



Quiere decir : *¡Los pajaritos, abuelito, los pajaritos!*

37. — *¡Arriba!*

— *¡Upa! ¡upa!* — dice el pequeño Edmundo animando a los perritos.

— *¡Cuidado con caerse!*

Y les muestra un trozo de pan.

Los escalones son un poco altos; pero a pesar de eso, los cachorros suben atraídos por el pan.

Ved cómo saca la lengüita el de la izquierda.

Este último llegará tarde.

¿Se quedará sin comer?

No. Edmundo traerá otro pedacito de pan y se lo dará.

O hará tres partes del trozo que tiene en la mano, para que todos tengan un poco.

¡Muy bien, Edmundo!



¡Upa! ¡Upa!

38. — El pescadero.

I.

—¡*Pescado fresquito!*—grita este muchacho.

De las casas lo llaman y él entra sonriente, pensando que le van a comprar.



—¿*Qué traes?*
—le pregunta
la que lo llama.

—*Tengo sá-
balos, corvinas
y un trozo de
zurubí!*

—¿*Por qué no
traes pejerrey?*

—*Porque hay
muy poco ahora y está caro.*

Este chico es hijo de un pescador, y le ayuda a vender.

Contribuye así al sostén de la familia.

Cuando vuelve a su casa con la caña vacía, entra contentísimo. Entrega el dinero ganado y después almuerza.

Por la tarde va a la escuela.

— ¡Bravo, muchacho!

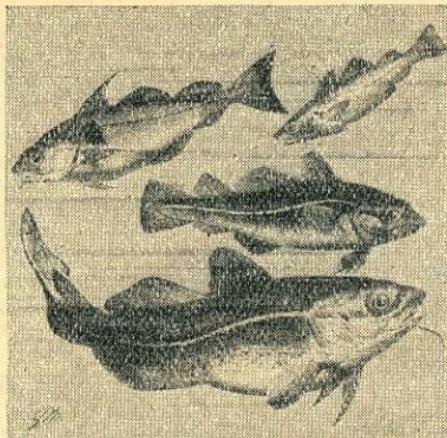
II.

Los peces viven en el agua.

Casi todos tienen el cuerpo cubierto de *escamas*.

Tienen *aletas* que les sirven para nadar.

Hay peces de todo tamaño, de muy diferentes formas y hasta de colores distintos.



39. — **Tomasito y su perro.**

— *¡Quietó, quietó, pichicho!... Déjate poner la servilleta. Así no te ensuciarás el traje.*

Eso dice Tomasito mientras procura atar la servilleta al cuello del paciente animal.

¡Y con qué ganas se ríe!

El cachorrito no se irrita. Está acostumbrado ya a los manejos de su amo.

Tomasito pincha después con el tenedor trozos de pastel y se los da.

— *Toma, toma, goloso — exclama el chiquilín.*

Y mastica bien para no empacharte. Despues irás a dormir la siesta.

Tomás no hace daño al anima-
lito, pero yo preferiría que jugase
de otro modo.



No es bueno manosear a los animales. Pueden contagiarnos muchas enfermedades.

40. — Espigadoras.

¡Pobrecitas! Están cansadas de recorrer el campo.

¿Para qué lo recorren?



Para recoger las espigas de trigo que los segadores han abandonado.

Vuelven a su pobre vivienda.

En ella depositarán lo que han podido reunir.

Después comerán con apetito en compañía de sus padres y hermanitos menores.

Más tarde dormirán profundamente.

Mañana despertarán descansadas, dispuestas a corretear, alegres, por el campo, al sol y al aire.

¡Qué simpatía despiertan en mí estas chiquillas!

41. — El carrito de Elvira.

Elvira es la dueña de ese carrito de madera.

El carrito tiene dos ruedas y es muy bonito.

Ella lo adorna con flores.

En seguida llama a *Fanor*.

Fanor es un perro lanudo blanco.



Elvira le pone los *arreos*, y lo ata a las *varas* del carrito.

Sube en seguida a éste, se sienta y toma las *riendas*.

— ¡*Vamos, ico, ico, caballito!* — exclama.

¡Qué caballito!... ¡Si es un perro!

No importa; ella dice que ese perro es un caballito.

El perro está bien enseñado.

Elvira lo trata con cariño. Por eso *Fanor* le obedece.

42. — Un grupo.

Siete en primera fila y cuatro en segunda.

Total, once chiquillas, es decir, once diablitos. No me equivoco, no. Miren ustedes las caritas de todas ellas.

Las hay rubias, morochas y de

pelo castaño, de ojos negros y ojos azules claros.

Pero ninguna tiene cara de tonta, por cierto.

Eso me gusta, con tal que sean estudiadas, obedientes y de buen corazón.

— ¿Lo sois todas?

Supongo que sí.

Y cuidadito con ser embusteras, ¡eh?

Tendríais el más feo, el más odioso de los defectos.

Y ahora, salid de ese banco, y a jugar, corriendo y saltando como cabritas. ¡Vamos!

Pero en cuanto se toque la campana, a formar, pronto y en silencio.



43. — Las dos madres.



Elizabeth GARDNER
por la copia
P. I. A. D.

Tema de conversación y de descripción oral.

44. — ¡Buenos días!

¡Buenos días, nenito!

¿Cómo ha pasado la noche?

¡Qué dulce despertar el suyo!

Abre los ojos
y ya se encuentra con un chiche.

Su mamita lo puso ahí para que Ud. se entreteenga con él y no llore.

Entretanto ella le prepara el desayuno.

¿No oye Ud. el pío, pío de los pollitos?

Ahí andan a su alrededor, buscando granitos y migas de pan.

Son seis, media docena. Los hay blancos y overitos. También



está la gallina. ¡Claro! Para cuidar a sus hijitos.

Y ese perro, ¿es amigo suyo?

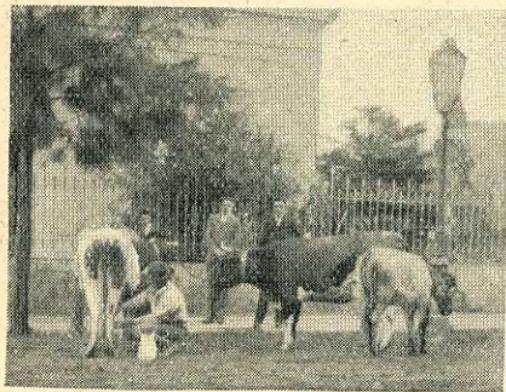
¡Seguramente!

¿Estará esperando que Ud. se levante?

No, está de guardia. Cuida que nadie venga a molestarle.

45. — El lechero.

Éste es un lechero ambulante.



Anda por las calles con sus vacas.

En este momento está ordenando.

¿Dará la medida justa, o la llenará de espuma?

Supongo que la dará justa. Si

engaña, otra vez no lo llamarán, y eso no le conviene.

A mí me gusta la leche recién ordeñada.



Pero temo beberla si no estoy seguro de que *procede* de una vaca completamente sana.

Un lechero honrado hace revisar sus vacas por un hombre entendido.

Por las dudas, es bueno tomar la leche después de hervida.

46. — Un rebaño.

¡Cuántas ovejitas hay en esta lámina!

Veo también varios *corderitos*.



A uno de ellos lo tienen en sus brazos las muchachas.

Es el más chico y lo miman. Lo protegen ahora abriendo el paraguas.

El corderito *bala* de tiempo en tiempo.

¡Bée..., bée...! como si dijese a sus protectoras: *¡Gracias, gracias!*

Esta *majadita* descansa después de recorrer el campo *paciendo*.

Al caer la tarde volverán las ovejas a casa.

Al entrar en el establecimiento atropellarán, según es costumbre en ellas.

— No se apresuren tanto, ovejitas, que el pasto y el maíz alcanzará para todas.

La oveja nos da carne, que es alimento muy *nutritivo*.

Con su lana, tejida, se hacen nuestros vestidos.



47. — Los músicos.

I.

Adriana estudia el piano.
Es inteligente y aplicada. Por

eso aprenderá pronto. Ya toca algunos ejercicios bonitos.

Zulma, su hermanita,

quiere imitarla y se empina para alcanzar a las teclas.

II.

Y en esta otra figura, ¿por qué se tapa Lucio los oídos? Lo hace por burlarse. Dice que Rita desafina.

Pero Rita es muy paciente y no se enoja por sus bromas.



A veces dice a su hermanito :

— *Te ries
de mí, pero
en cambio tú
no sabes to-
car ni una
escalera.*

*Yo toco mal
ahora, pero
he de apren-
der bien y
entonces tú
vendrás a
escucharme con gusto.*



III.

¿ Y qué decís de este otro mu-
sico.

¡ Éste sí que debe desafinar !
Debe estar tocando una ma-
zurka gatuna.

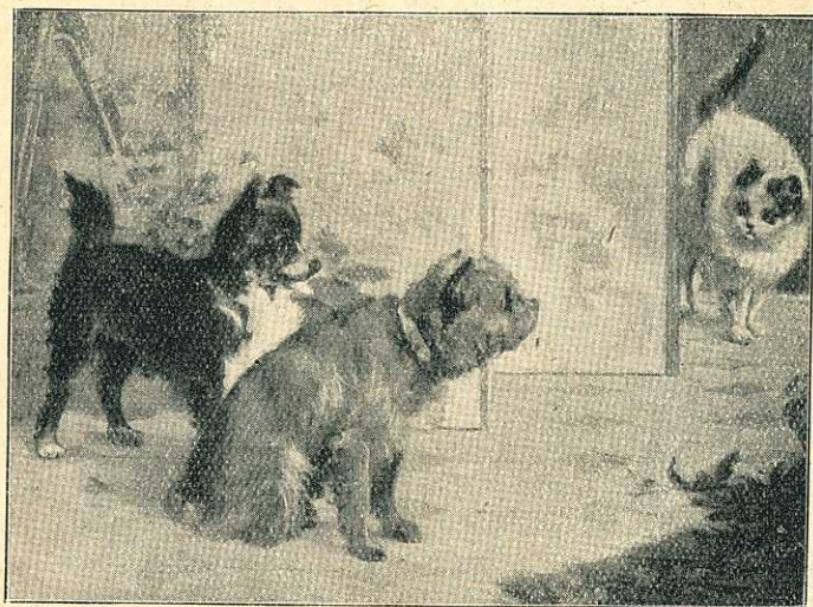
¡Y qué actitud de personaje adopta!



En cambio, ¡con qué expresión burlesca lo mira el perro que, arriba, asoma la cabeza!

SEGUNDA PARTE

48. — Desafío.



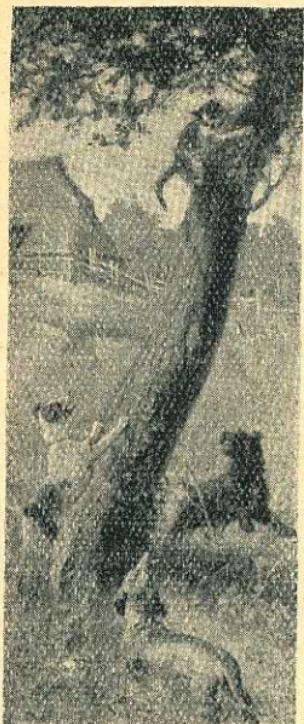
¡Hum!... Me parece que va a tener lugar una batalla.

Ese gato y esos perros no se miran con caras de buenos amigos. Se miran « como perros y gatos ».

— ¡Cuidado, señores canes, con las uñas del gato!

Y usted, señor de las uñas, ¡cuidado con los dientes de estos representantes de la familia perruna! Mejor será que usted se retire a buscar refuerzos, porque ellos son dos.

No le suceda lo que a su pariente: quiso presentar batalla contra tres, y ha tenido que refugiarse en un árbol para salvar el pellejo.



Y en verdad que es cobardía de parte de los perros pelear de esa manera.

— ¡Vamos, señores perros, perdónenle la vida por esta vez!

49. — En libertad.

Ricardo había apresado un pajarito.

Lo llevó a su casa y lo mostró a sus hermanos. Pero la mamá le dijo :

— ¡Pobre pajarito! Hasta hace poco volaba libre por los campos.

Ahora está preso y triste dentro de una estrecha jaula.

Tal vez
haya de-

jado a sus pichoncitos solos
en el nido.

— ¡Entonces lo soltaremos,
mamá! — contestó Ricardo.

— Sí, hijo mío, suéltalo.

Y todos acudieron al balcón para ver como se alejaba el bello animalito.

Ricardo dió prueba de tener buen corazón.



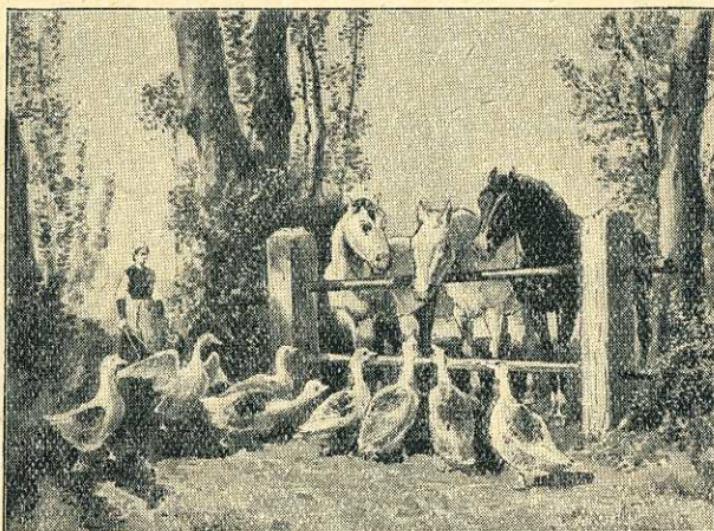
50. — Escena campestre.

Cuento ocho gansos. Faltan dos para completar la *decena* y cuatro para una *docena*.

Hay tres caballos, es decir la *cuarta parte* de una docena.

¿Qué hacen ahí los gansos?

Parece que se hubiesen detenido para decir a los caballos :



— ¡Hola!, amigos cuadrúpedos: nosotros vamos de paseo, conducidos por la patrona.

¿Queréis venir?

¡Quién sabe si esa mujer no viene a abrirles la tranquera para que los caballos también anden un rato libres por el campo!

Unos y otros, los caballos y los gansos, son animales *domésticos*.

Pero los gansos son, como sabemos, *bípedos*, y los caballos son *mamíferos* y *cuadrúpedos*.

51. — El Payasito.

Pepito hace pruebas.

Los demás lo contemplan, riéndose, y aplaudiendo las habilidades del pequeño artista.

El único que no se interesa es este de la derecha. Alguna otra cosa le llama la atención.



Ved cómo levantan los brazos, entusiasmados, esta chiquilla de la derecha, y el rubiecito que está enfrente, en mangas de camisa y sin sombrero.

Me parece oírles gritar :

— ¡Bravo, Pepito! ¡Viva el payaso!

Y Pepito, orgulloso, hace todo lo que sabe y procura hacer pruebas nuevas. A veces se cae y hasta se da golpes recios. Pero él no llora. Se levanta como si tal cosa no le hubiera sucedido, y dice :

— ¡Bah! ... ¡no es nada! Chichón más o menos, ¿qué importa?

Así me gustan los muchachos. Que no sean llorones de puro flojos.

52. — ¿No tienes apetito?



Tema de conversación y de descripción oral.



La menor, Alejandrina, se cansa pronto de correr y saltar entre las plantas. Pide que la levanten. Rosa, entonces, lo hace, diciendo :

— *¡Ven para acá, perezosa!* — Y se la echa al hombro.

De tiempo en tiempo da unos saltos, como para asustarla; pero la bella rubiecitita sabe que su hermana no la dejará caer, y se ríe. También Emilia, que quiere mucho a su hermanita, la mira, sonriendo cariñosamente.

Cuando lleguen a la casita en que viven y que no está lejos, yo sé lo que hará Alejandrina: tomará unas cuantas flores y se las dará a su mamá, diciendo :

— *Toma, mamita!*

— *¿Las has juntado tú, querida?*

— *Tí* — contestará Alejandrina, queriendo decir *sí*.

Y todos festejarán a la mimada chiquilla.

56. — Teté y su hijito.

Teté tiene un muñeco con cara de llorón.

Lo toma en las faldas, y dice :

— *No llores, querido... Voy a darte la mama-dera... Ya están enfriando la leche.*

Le pone después el piquito en la boca, y le habla :

— *Toma tu leche, picarón...*

Aparece después Angélica con otra muñeca.

El hijito de Teté está fajado y no puede mover las piernas.

Angélica lo ve, y tocando la faja, exclama :
— *¿Por qué lo faja usted, señora?*
— *Porque así ha hecho mi mamá conmigo.*



— *Es cierto —*
replica Angélica, — *pero estaba mal hecho.*
Debe usted dejarle más libres los brazos y las piernas. Así crecerá mejor.

Angélica repite, jugando,

lo que ha oído decir a sus padres.

Y tiene razón en lo que dice.

57. — Amor filial.

— *¿Sabes una cosa, abuelito?*
— *¿Una sola?... Dos cosas sé : primera, que tú eres un demonio; segunda, que Luisa es un diablito.*

— *Bueno, sí; pero hoy hemos tenido una linda idea : queremos regalarte un sobretodo nuevo.*

— *¡Hola, hola!... ¿Y piensan tejer la lana y cortar la pieza Vds. mismas?*

— *No bromees, abuelito; nosotras hablamos en serio.*

La gallina Cocó nos va a facilitar la compra.
Oye :

Cocó ha empezado a poner huevos. Juntaremos una docena. Despues los pondremos en el nido. La gallina se echará sobre ellos y los empollará. Los pollitos crecerán, y cuando sean grandes los ven-

deremos. Con el dinero ganado te compraremos el abrigo. ¿Quieres, abuelito?

Y, entretanto, las cariñosas criaturas mostraban la gallina y el primer huevo puesto por ella.



El abuelito, enternecido, sonreía como diciendo :

— *¡Hay que esperar mucho, entonces!*

En ese momento una de las nietas saltó al cuello del buen viejo.

— *Sí, abuelito, sí; tendrás abrigo nuevo. Y yo te quiero mucho.*

— *Yo también, abuelito —* dijo la otra.

58. — **Jugando.**

I.

Lucas y Julio juegan al *ta te ti*.



Es un juego que hace pensar un poquito para no dejarse ganar.

Edmundo es espectador. Pero el que pierda saldrá, y entonces jugará él con el ganador.

Me gusta verlos divertirse, así, amigablemente y sin discutir.

Ved, en cambio, a estos dos.

Por una bagatela han reñido, y ahí los tenéis peleando como los pilletes de la calle.

¡Qué vergüenza!

— *Y ustedes dos, ¿por qué se quedan mirándolos?*

¡Separen a los peleadores, pues!



• •

— ¡Ah! ¡Pido a ustedes disculpa, caballeritos! Acaban de decirme que la pelea no era en serio, sino en broma.

Más vale así; pero, de todos modos, no olviden ustedes que juegos de manos... puntos suspensivos. Digan ustedes al maestro que les explique todo el refrán.

II.

— Y estas niñas, ¿a qué juegan? Se toman varias de las manos y forman un círculo. Dentro del círculo se coloca una, con los ojos vendados.

Todas giran entonces, y por turnos dan un grito cualquiera o pronuncian en voz alta el nombre de la vendada.

Ésta debe conocer quién habló. Si acierta, pasa ella a la rueda, y la que gritó va al centro, vendada, y se repite el juego.

Y este otro grupo, ¿qué hace?

Juega *al gato y al ratón*. — Es un juego muy entretenido también.



— ¡Cuidado, ratoncito, no te dejes agarrar!

Hacen bien estas niñas en jugar así, moviéndose, corriendo y saltando al aire libre, en vez de quedarse quietas y sentadas como hacen otras.

Las que hacen ejercicio tienen mejor salud y estudian con más provecho.

59. — Un paisaje.

¡Qué bonito paisaje!

Veo en él una pequeña corriente de agua. Es un arroyo.



boles, algunos de ellos corpulentos.

Entre las plantas se alcanza a ver una carreta de dos ruedas y más atrás un rancho.

Ha llovido. Se conoce en el aspecto del terreno.

En el suelo están muy marcadas las huellas de las ruedas de un carro.

Tal vez ha pasado por ahí, tirado por los dos bueyes que vemos.

Ahora los pacíficos animales descansarán un poco y recibirán su ración de pasto y de maíz.

60. — Travesuras de Santiago.

¡Bonito va a quedar el sombrero después de recibir *la mano de pintura* que le está dando Santiago!

¿Pensará ponérselo en seguida? La cara del chiquillo hace sospechar que está tramando alguna diablura.

Tal vez piensa:
¡Qué chasco les voy a dar!

Dicho y hecho.

Mientras el sombrero se seca, él se puso medias y zapatos, y se echó encima un saco del padre o del hermano. Después se puso una careta que sus hermanitos no habían visto todavía. Aseguró la careta con la galera, puso



a ésta una pluma para desfigurarla un poco más y... en marcha hacia la cocina.

Allí estaban Ambrosio y Basilio.

Santiago llegó hablando con voz gruesa.



¡Qué miedo tuvo Ambrosio, el menor!

Basilio se echó también hacia atrás, pero no tardó en sospechar quién se ocultaba detrás de la careta.

Por eso se ríe ahora.

61. — Castigo merecido.



Tema de conversación y de descripción oral.

62. — Despertar.

— ¡Arriba Juanito, ya es la hora!

— Sí, mamá. ¡Buen día!

Y Juanito, sin tardar, salta de la cama.

A medio vestir se lava, con jabón.

Fricciona bien la cara, el cuello, las orejas.

— Hace frío? ¡Qué importa!... No es flojo, Juanito.

No deja nunca de limpiarse los dientes y las encías con polvo y cepillo.

Termina de vestirse y luego toma su desayuno, tranquilamente y masticando bien.

Listo ya, se echa, rápido, al cuello de la mamá y la besa.

En seguida dice :

— A la escuela voy.

— ¡Qué contento estoy!

Soy poeta, mamita, ¿ves?...

— Cara de poeta tienes, ¡loquito!

El simpático niño toma el cuaderno y el libro de lectura que conserva limpios y bien forrados.

Hace una graciosa reverencia quitándose la gorra y exclama, con aire solemne :

— ¡Hasta luego, señora!

— ¡Pórtate bien, tesorito!

63. — Caprichosa.

— ¡No quiero, no quiero y no quiero! — grita Florencia.

Se resiste a que la acaben de vestir.

Quiere andar descalza.

Se arrima a la pared y no obedece a la madre que la llama.

— *Ven aquí! Mira que te voy a dar una penitencia!*

Es inútil. La chica no se mueve.

La madre debe castigarla severamente y sin lástima. De lo contrario, tendrá siempre una hija mal criada, que sufrirá por eso y la hará sufrir.

— *El que no castiga nunca a sus hijos, no los ama de veras* — dice mi abuelito.



64. — Pobres.

— *Una limosna, por el amor de Dios!*

— También nosotros somos pobres, buena mujer. Sólo podemos ofrecerle una parte de nuestro pan.

— *Eso me basta. Denme sólo un pedazo para mi hija. Si no alcanza para mí, no importa.*

— *Dale, mujer, dale un buen trozo*, — dice el marido, que está tomando un plato de sopa.

Y agrega :

— *Tomen, tomen también un poco de sopa. Eso les hará bien. Está caliente todavía. La pobre*

viuda se niega, pero marido y mujer insisten y consiguen que la chica tome un poco, mientras la madre acepta el pan.



— ¡Gracias, gracias! ¡Dios les pague tanta bondad!

— Vuelva usted mañana, buena mujer, si lo necesita. Siempre tendremos un poquito de pan o caldo para usted y para su hijita.

Y las dos desgraciadas, madre e hija, se alejan contentas bendiciendo a sus generosos bienhechores.

65. — Llevando fruta.

Allá, al fondo, se ven algunos árboles frutales.



Arrimada a uno de ellos está una larga escalera.

El padre baja manzanas y las pone en canastos.

Los chicos llevan ahora uno de éstos a la casa.

En el camino, Margarita pidió que la llevasen dentro del canasto.

Con tal que no aplaste mucho la fruta madura...

Pesa bastante Margarita.

Observad la postura de los dos hermanos y la cara del varoncito. Se conoce que hacen fuerza para llevar la carga.

Me parece que van a dejarla caer, si Margarita no sale del canasto.

66. — Inquietud.

¿Por qué pones esa cara, Josefina?

¿Por qué te muestras tan inquieta?

¿Temes que el perro te quite el pastel que estás comiendo?

No parece que eso esté por suceder.

El perro te mira y mira « con ganas » lo que tú comes, como diciéndote :

— *No te lo comas sola, Josefina; dame un poco a mí también...*



Pero no te lo arrebatará. Es un perro bien acostumbrado.

Tú debes premiar su conducta dándole un trozo de pastel.

¡No seas *golosa*, pues, y dale!

67. — Riojanitos.

Estos chicos viven en la sierra, lejos de la ciudad.

Sin embargo, se trasladan a ésta en el burrito.

Van tres o cuatro veces por semana, para vender un poco de fruta.

Lo mismo hace esa otra chica que lleva un burrito más, de tiro.

Regresan después a su modesto rancho que está al otro lado de la montaña.

El viaje es penoso.





¡Valientes riojanitos!

Tienen que cruzar el monte, espinoso a menudo; subir y bajar por entre piedras, y atravesar el río muchas veces. Gran parte del viaje deben hacerlo bajo un sol ardiente. ¡No importa! ¡Hay que hacerlo y lo hacen!

68. — Animales artistas.

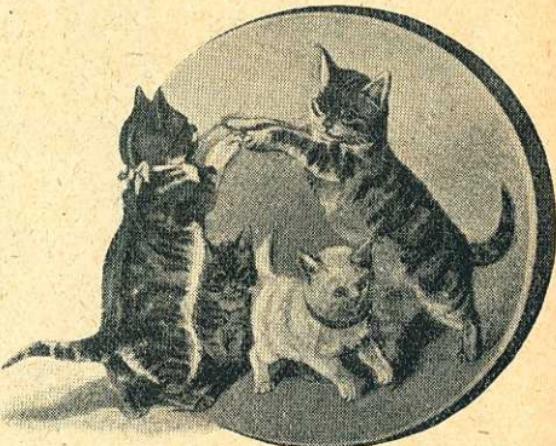
Aquí tenéis representados unos gatitos jugando al *Pescador, pescador, ¿me dejarás pasar?*

Claro que eso no hacen los gatitos.

Pero es graciosa la figura, ¿no es cierto?

No sería tampoco imposible enseñarles esos movimientos.

En los circos se les ve hacer cosas más difíciles.



También aprenden a hacer pruebas, a bailar, buscar objetos escondidos, etc., los elefantes, los caballos, los perros, y hasta las fieras, a las que se domestica.

Ved, por ejemplo, estos perros, cómo hacen lo que el payaso les ha enseñado.

Es que los animales son también más o menos inteligentes.



69. — Cómo debe tratarse a los animales.

I.

Amelia tiene un perro al que llama *Medoro*.

Ella lo quiere y lo cuida mucho.

El perro la sigue a todas partes. Si alguien pretende tocarla ladra y atropella.

El otro día Amelia quiso que la retratasen con *Medoro*.



Ahí tenéis el retrato.

Ya he dicho que a mí no me gusta que los chicos manoseen a los animales, aunque estén limpios.

Pero menos me gustan que los maltraten.

II.

Este otro es el perro de Rubén.

Hace con él lo que quiere, tan dócil es.

Lo monta y se hace llevar de un lado para otro.

Pero, eso sí, nunca lo castiga.

Lo anima de palabra y el perro obedece.

— ¡*Es un gran caballo éste!* dice Rubén.



Pero es un caballo que come carne en vez de pasto, y que en vez de *relinchar*, ladra.

Entra también en las habitaciones interiores y se llega a la sala.

¿Qué les parece a ustedes el caballo de Rubén?



El otro día el chico tuvo una graciosa ocurrencia.

Se puso un sobretodo del papá, los anteojos de la abuelita y un chambergo del hermano.

Tomó un diario, se sentó en un sillón y llamó al perro. Éste acudió en seguida, y Rubén lo obligó a sentarse delante de él.

— *Voy a leerte las noticias del día* — dijo.

Y empezó a decir locuras.

III.

También Ermelinda tiene su pichicho favorito.

Ella se esconde detrás de una cortina y grita :

— *¡Alí, Alí, ya!...*

Y el perrito busca hasta que da con ella.

Entonces salta y ladra, como diciendo :

— *Otra vez! Escóndete otra vez!*



IV.

Ya veis cómo son inteligentes estos animales, y cómo el buen trato hace que hasta nos amen y obedezcan.

Observad, en cambio, lo que le sucede a Martín.

Tiene un perro que no es malo tampoco. Pero Martín empezó un día a fastidiarlo : le metía cascotes en la boca, lo tironeaba de las orejas, le pellizcaba el hocico. Tanto hizo que el animal se enfureció, saltó sobre él y le mordió en la cara.



Afortunadamente, acudieron pronto en auxilio del niño. De lo contrario, tal vez habría recibido alguna mordedura mortal en el cuello.

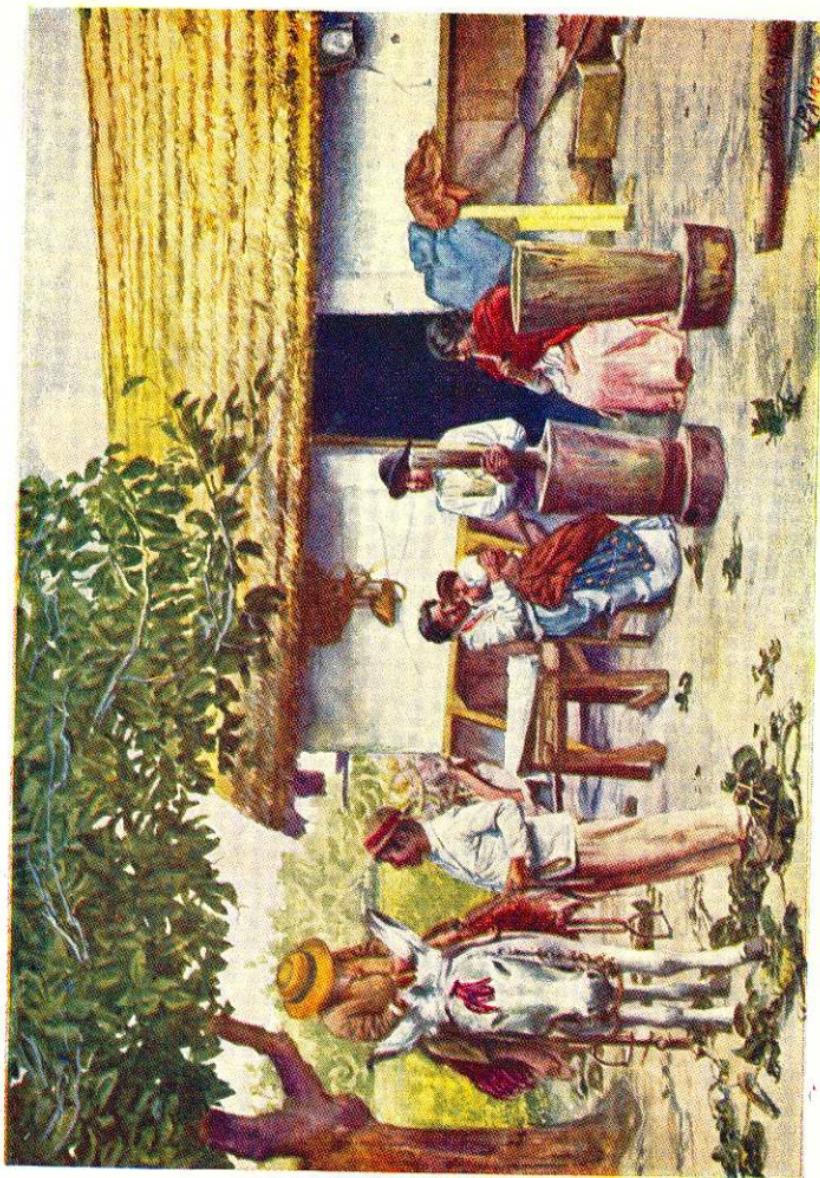
Pero quedó con una fea cicatriz.

Lo siento, porque Martín es un chico que tiene muchas buenas cualidades.

Desde entonces, no se le ocurrió maltratar a los perros, ni a ningún otro animal. Por el contrario, llegó a ser hasta cariñoso

con ellos. La lección le fué provechosa.

70. — En la campaña argentina.



Tema de conversación y de descripción oral.

71. — Eduardito.

Me es muy simpático Eduardo.

Primero, porque es muy cariñoso con sus padres y con sus hermanos.



Segundo, porque es muy obediente, y eso me gusta muchísimo.

Tercero, porque suele tener ocurrencias graciosas.

Oíd una :

Hace poco empezó a andar en velocípedo como Carlitos.

Anda ya bastante bien, pero no puede bajarse fácilmente.

Los hermanos suelen bromearlo por eso.

Una tarde, al querer dar vuelta, cayeron, máquina y él, al suelo.

Se quedó un instante callado y viendo que su hermano Federico se aproximaba, exclamó, sin reírse :

— *Has visto qué bien he aprendido a bajarme?*

72. — Respetemos las plantas.

En viaje a la escuela, Julio atraviesa la plaza del pueblo.

Pasa por los senderos entre plantas de distintas clases y tamaños. Las hay con abundantes flores.

A Julio le gustan mucho las flores.

Podría cortar algunas sin que lo vieran.

Y lo haría con cuidado, sin lastimar la planta, ni afear el agradable aspecto de la plaza.

Unas flores de más o de menos, ¿qué importa?

Pero, ¿y si todos hicieran lo mismo?

Además, no le pertenecen.

Pertenecen a todos y a nadie.

Julio no lo ignora.

Por eso respeta las plantas, en las plazas, en las calles y en todas partes.

73. — Hablando de las aves.

I.

Hoy dió la maestra una lección muy interesante.

Habló de las aves.

Los niños formaron círculo alrededor de la mesa.

La señorita había traído una cantidad de aves diferentes, unas *embalsamadas*, otras pintadas

en bonitos cuadros; ella misma dibujó algunas en el pizarrón.

Pero lo que más entusiasmó a los alumnos fué que también trajo a la clase algunas vivas :



un canario, un jilguero, un cabecita negra y hasta un lorito.

— *¡Dame la patita, lorito!* — dijo Reinaldo sin poderse contener.

Todos los niños se echaron a reir.

La maestra contestóle con tono de reprepción:

— *¡Reinaldo!...*

Pero no pudo menos que sonreírse ella también.

Y los demás miraron entonces al travieso muchacho, como diciéndole :

— *¡Qué loquito!...*

II.

— *Las aves nacen de huevos* — dijo la maestra.
Ved el grabado.

Uno de los pollitos ya salió. Otros dos asoman la cabeza. El cuarto no tardará en romper también el cascarón. Andarán después de un lado a otro.

La madre les buscará alimento.

La gallina cobija a los pollitos bajo sus alas. No deja que nadie los toque. Es capaz de saltar a la cara del que los amenace.

Mientras sean chicos se oirá siempre su alegre

pío, pío. Más tarde, ya crecidos, los gallitos empezarán a cantar imitando al padre. Las gallinas empezarán a poner huevos, que servirán de excelente alimento



a sus dueños. De vez en cuando, algunos pollos pasarán del gallinero a la olla.

¡No hay más remedio! También ellos se comen los bichitos vivos que encuentran.

III.

Y este pajarito, ¿adónde va con esa pajita en el pico?

Va a terminar su nido.

Pondrá huevos en él, y los empollará con el calor de su cuerpo, como lo está



haciendo esta paloma. Cuando salgan sus pichoncitos, los alimentará trayendo al nido lo que necesiten comer. Lo mismo hacen los demás.

Observad cómo ese pica-buey trae su comida en el pico al pichoncito que aun no sale del nido. Cuando tengan fuerza, los pichoncitos buscarán de por sí su comida lo mismo que los pollitos.

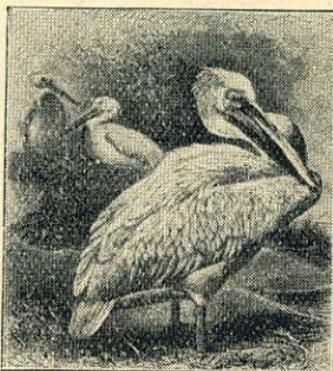


IV.

La maestra mostró después varias estampas con aves diversas, para que los niños vieran cómo se diferenciaban entre sí.

Son diferentes por su tamaño, existiendo desde el enorme avestruz, que todos conocen, hasta el pequeño picaflor. Se distinguen también por la forma o por la longitud de su pico, por la de sus patas o de su cola.

Comparad, por ejemplo, el pico del pelícano con el de los pájaros cantores; o las patas de



Pelícano.



Cantores.



Jacaná.

éstos con las del jacaná, de la cigüeña o del teruteru. Comparad, igualmente, las colas o el



Ave lira.

color de las plumas, y otra vez hallaréis diferencias notables.

Pero todas las aves son animales *bípedos*, puesto que tienen sólo dos patas. Son *alados* y *ovíparos*.

Tienen todo o parte del cuerpo cubierto de plumas. Su sangre es caliente.

V.

Las aves prestan distintos servicios.

Unas nos dan su carne y huevos, que constituyen un excelente alimento; otras sus plumas, con las que se hacen almohadas, se adornan sombreros, abanicos, etcétera.

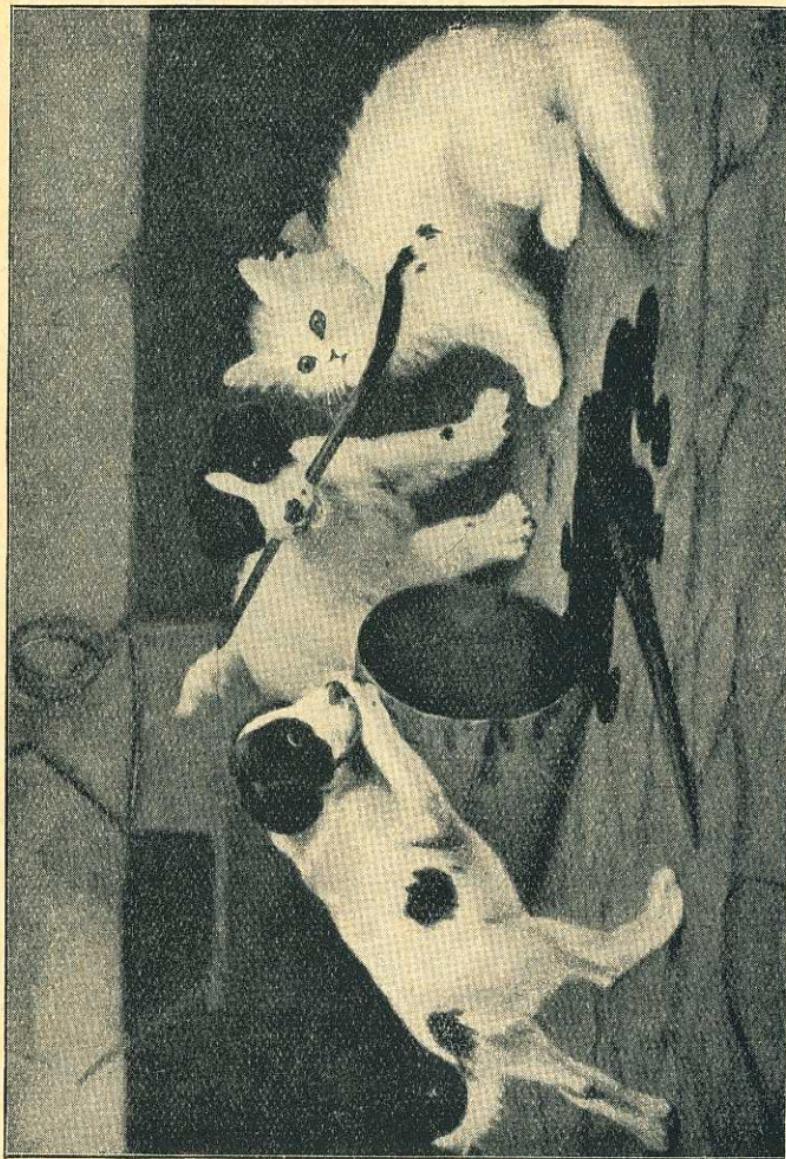
Las aves nos prestan otro importante servicio, destruyendo muchísimos insectos perjudiciales a las plantas.

Arrebatar los huevos de los nidos de los pájaros es cometer una mala acción, es privar a la madre de los pichoncitos que de aquellos hubieran salido.

Destruir el nido es otra mala acción. Es como destruir la casa en que vive una familia.



74. — Hermanos en pintura.



Tema de conversación y de descripción oral

75. — Un arquitecto.

Tito juega con las *fichas del dominó*.
Las pone unas sobre otras cruzándolas en
distintas direcciones.
Dice que hace casitas y torres.



Cuando alguien se acerca a la mesa, él exclama :

— ¡*Despacito, despacito, que van a derribar mi construcción!*!

Pero cuando se le va al suelo, él no se enoja, ni llora, como otros niños impacientes o mal criados.

¡Muy bien, Tito!

76. — Caballos.



Tres caballos, uno blanco en el centro y dos negros u oscuros.

Los tres tenían sed y han venido a beber al *pilón*.

Quizás han trabajado muchas horas y el dueño acaba de soltarlos.

Tienen bien ganado el pasto y el maíz que comerán en seguida.

Los caballos son animales *herbívoros*, es decir, que se alimentan de hierbas.

Hay caballos de muy diferentes colores, tamaños y cualidades especiales.

¡Qué útiles son al hombre!

77. — María y Lucrecia.



I.

María es la de los rizos largos.

Lucrecia es la otra.

La primera tenía tres años cuando la retrataron. La segunda había cumplido dos.

Sus ocupaciones principales eran jugar, comer y dormir. *La mamá quería que jugaran siempre al aire libre.*

De noche, después de comer, el papá o la mamá les narraban cuentos sencillos.

II.

Preferían aquéllos en que aparecían animales : vacas, ovejas, gatos, pajaritos.

El papá no les refería nunca cuentos de brujas, ni de diablos, ni de cucos o fantasmas.

Dice que todo eso es mentira, que no existe. Por eso María y Lucrecia no son ahora miedosas.

Entran sin temor en los cuartos de la casa, aunque estén oscuros.

Cuando oyen ruidos, saben ya que alguna razón natural hay para que se produzcan: es el viento que sopla, una puerta mal cerrada o un objeto que se cae. Puede ser también alguien que pasa por la calle, un animalito, un bicho cualquiera inofensivo que ha entrado a la habitación, un ratoncito que revuelve los cajones buscando comida.

Y así duermen tranquilas.

III.

Ahora María y Lucrecia tienen cuatro años más cada una. Ya no tienen rizos. Siempre juegan y siempre quieren oír cuentos. Pero también trabajan un poco junto con su hermana Leonor.

Tempranito, apenas levantadas, sacan al patio la jaulita en que tienen un lindo canario. Limpian la jaula, le ponen alpiste nuevo después de soplar las cascaritas vacías. Cambian el agua de la taza. El canario da grititos, contento.



¿Querrá dar las gracias? ¡Quién sabe!...
La mamá distribuye entre ellas y Leonor, la mayorcita, varios de los trabajos de la casa.



Así es que entre todas barren, pasan el plumero por los muebles, arreglan su lavatorio, tienden las camas, ponen la mesa.

Riegan las plantas que tienen en macetas. Les gusta poner semi-

llas en la tierra y ver cómo salen después las plantitas, y cómo crecen.

IV.

Aprenden a coser. Leonorcita sabe zurcir medias. La mamá les enseña. Cosen ropita para sus muñecas. También arreglan parte de sus propios vestidos.

No van a la escuela todavía. Pero ya saben muchas cosas útiles que han aprendido con gusto y casi jugando.



Conversan con el papá o la mamá de lo que les rodea. Han aprendido a leer casi solas. Tienen libros muy interesantes y con muchas figuras.

V.

Les gusta mucho lavar.

— Mamá, ¿quiere darnos un poco de jabón?
Hoy tenemos que lavar.

La madre les da jabón.

Ellas traen la ropa de las muñecas, toman una vieja palangana de lata enlozada y trabajan.

Una lava y otra va colgando la ropita en una cuerda.

La mamá les recomienda que sean prolijas, que procuren no derramar agua, ni mojarse ellas mismas los vestidos al lavar.

Y saben hacerlo así.

Leonorcita lava también algunas piezas chicas de uso en la casa, como las servilletas. Y lo hace bastante bien.

Después planchan. Tienen planchas chiquitas, pero que sirven.



VI.

El domingo es el gran día para nuestras chicas.

Suelen venir algunas primas y también la abuelita. Ahí tenéis el retrato de ésta con unos cuantos de sus *nietos* y *biznietos*.

Ellos la rodean y la llenan de caricias.

Discuten a quién la quiere más.



— ¡Yo, yo te quiero más que todos! — exclama María.

— ¡No, yo! ¡Porque yo te quiero desde Buenos Aires hasta Córdoba, donde está tío Luis! — contesta Clarita.

— ¡Entonces yo te quiero más porque te quiero hasta Jujuy! — dice Leonor.

Leonor ha oído decir a su papá que Jujuy está mucho más lejos.

Rafael, uno de los biznietos, apenas sabe pronunciar algunas palabras. Él no discute, pero salta al cuello de la abuelita y no quiere que nadie se acerque.

— ¡Mía, mía...! — grita.

— Y tú, abuelita, ¿a quiénquieres más? — pregunta Lucrecia.

— ¡Yo quiero a la más obediente y a la que nunca dice mentiras! — contesta la adorada viejecita.

VII.

Cuando vienen sus primas Mercedes, Sarita y Leonilda, hacen «comiditas», como ellas dicen.

Tienen un jueguito de comedor. Sacan la mesa al patio y allí hacen su banquete.

Después saltan a la cuerda, bailan, se disfrazan con faldas largas, juegan a las visitas, marchan como los soldados, etc.

Y juegan en armonía siempre.

Sólo una de ellas tiene una mala costumbre. Es caprichosa. Si no hacen las cosas como ella quiere, se impacienta. Se separa de las demás y se queda enojada, aparte.

— *¡Bueno! ¡yo no juego, entonces!* — exclama de mal modo.

Por esa causa la mamá la ha dejado días enteros sin jugar.

Pero es chiquita y se corregirá.



VIII.

Leonor, María, Lucrecia y Haydée, tienen una *alcancía* común.

Guardan en ella todos los centavos que les dan el papá, la mamá, la abuelita y los tíos.

A veces compran tijeras, hilo, agujas, lana y otros útiles que necesitan para vestir a sus muñecas. También compran dulces.

Si algún pobre golpea la puerta, corren a la alcancía, toman una moneda y la llevan al desgraciado que pide limosna.

Cuando alcanzan a reunir una regular cantidad, compran un juguete grande. Así compraron hace un año un velocípedo.



Andan en él de un lado para otro en el patio de su casa.

Saben manejarlo muy bien.

Describen rápidamente líneas curvas, onduladas o serpentinas.

Cuando una ha jugado un momento, pasa el velocípedo a sus hermanitas.

Hasta la nena más chica anda en el velocípedo. La sostienen las mayores.

No son egoístas. Se prestan las muñecas y todos los juguetes.

78. — El cumpleaños de papá.

I. — PREPARATIVOS.

Alfredo y Adelina necesitan hoy estar en su casa antes que llegue el padre para almorzar.

Es el cumpleaños de éste y quieren prepararle una grata sorpresa.

La directora les permite, entonces, que se retiren más temprano. Así lo hacen.

De acuerdo con la madre tienen listo ya un ramo de flores.

Rodean con ellas el cubierto del padre, en la mesa, arreglándolas bien. Dentro del plato colocan un clavel blanco.

Al costado, un sobre de muy buena clase. Contiene una carta escrita cuidadosamente con la mejor letra que han podido hacer.

II. — LA SORPRESA.

Al oír los pasos de Don Martín (así se llama el padre), Alfredo, impaciente, corre hacia él diciendo :

— ¡*Pronto, papá, a la mesa, que es tarde!*!

— ¡*Qué prisa, querido!... ¿Qué sucede?*

Pero apenas dirige los ojos a la mesa, todo lo comprende.

Toma el clavel y lo huele.

— ¡*Exquisito!* — exclama.

Abre la carta y lee mientras los dos chicos lo observan. Estudian, ansiosos, en el rostro del padre, el efecto que la lectura le produce.

Don Martín extiende los brazos :

— *¡Aquí, pilluelos!*

Ambos hermanos se precipitan y él los estrecha unidos, mientras la madre contempla el cuadro, encantada.

III. — LA CARTA.

He aquí su contenido :

« Queridísimo papá :

¿Con qué obsequiarte en este día si apenas disponemos de unos cuantos centavos?

Escucha : Te regalamos una promesa.

Tal vez te agrade más que un objeto de valor.

Mañana es el último día de clase.

Ha terminado un año escolar.

¿Estás contento de nuestra conducta hasta hoy?... Sí, *¡verdad?*

No has tenido queja ninguna, y en nuestra libreta has leído siempre notas satisfactorias.

Pues bien : te prometemos que el año próximo serán mejores aún. Tanto lo serán, que la Directora mandará llamar a Vds. dos, a ti y a mamá. Una vez en su presencia les dirá :

— *Tienen Vds. dos hijos muy buenos y estudiantes. Este año han sido los primeros de su clase.*

¡Felicitó a Vds.!

Y mamá te dirá que también nos conducimos en casa como tú quieras.

Yo, Alfredo, hasta perderé la mala costumbre de comerme las uñas.

Y yo, Adelina, la de enojarme por cualquier cosa.

¿Te gusta, papá?

Bueno : ; que los cumplas muy felices !

Tus hijos que te adoran.

ADELINA Y ALFREDO. »

79. — El primogénito.

Esta señora tiene en sus brazos a su *primogénito*.

¡Con cuánto cariño lo contempla !

El nenito parece que adivinara que es adorado, y también sonríe amablemente.

El perro contempla la escena, pensando quizá : — *He ahí otro amo que tendré que cuidar!*

Y esa madre, ¿qué pensará ?

Lo que piensan todas.

— *¿Qué será mi hijo cuando sea grande?...*

¿Será un hombre feliz?

— Sí, señora — le contestaría yo, — será feliz si usted quiere.

Sí, acostúmbrelo bien, y desde ahora.

Ámelo mucho, pero no le deje tomar malos hábitos. Hágalo obediente y respetuoso.

Enséñele a decir siempre la verdad. Cuando sea grande, que aprenda un oficio y que sepa leer, escribir y contar bien.



Que sea trabajador, que odie el ocio y la mentira, y Vd. tendrá un hombre feliz y respetado.

Haga Vd. que sea fuerte por el ejercicio frecuente al aire libre, y hasta los 9 ó 10 años no se ocupe de que aprenda muchas cosas en los libros.

Av. 9
año 1921



P. A. PIZZURNO
LIBRO DEL ESCOLAR

LL
1925
PIZZ